

Peligros de la oralidad filosófica

Lógica y crítica (edición a cargo de Alberto Valencia)

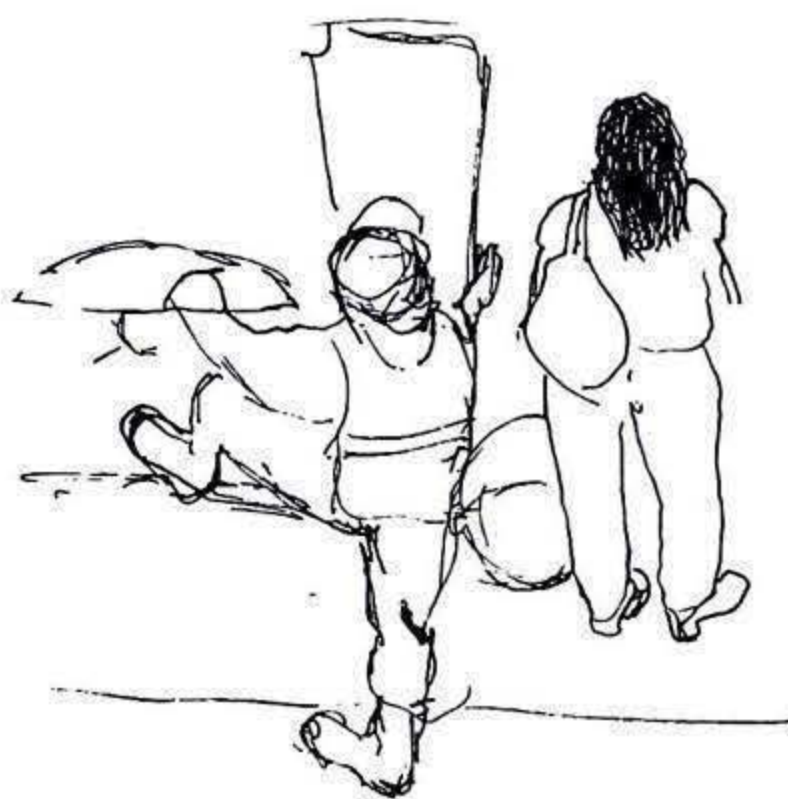
Estanislao Zuleta

Ed. Universidad del Valle, Fundación Estanislao Zuleta (FEZ), Cali, 1996, 320 págs.

Este libro compila una serie de conferencias que Estanislao Zuleta (Medellín, 1935-Cali, 1990) pronunció en Cali entre febrero y octubre de 1976. El libro se editó con base en grabaciones magnetofónicas —no sobre un manuscrito— y su adecuación escrita corresponde al editor-discípulo, quien advierte que “el estado de las transcripciones no siempre es el deseable”, por lo que debió en diversos casos adaptar “el discurso oral a las exigencias del texto escrito” (pág. 10). Los abruptos saltos y vacíos del curso —sobre todo en la segunda parte, dedicada a los *Argumentos sofísticos* de Aristóteles— los excusa bajo el criterio de que no aparecen las grabaciones de julio y agosto, por lo que solicita al “lector que las tenga las proporcione a la FEZ para incluirlas en la segunda edición de este libro” (pág. 283).

Salvado el primer tropezón filológico —que la obra se haya reconstruido sobre charlas magnetofónicas, retocadas, anotadas y complementadas por el editor—, nos enfrentamos al *corpus* de la obra. Zuleta se propone responder preguntas como: “¿En qué consiste la lógica y cuándo se produce como disciplina? ¿En qué circunstancias se convierte en una necesidad? ¿En qué medida puede responder a los problemas que se le plantean en los diferentes momentos de su desarrollo?” (pág. 15). Para el efecto, se basará en tres diálogos de Platón —*El teeteto*, *El simposio*, *El sofista*— y en los cuestionables, filológicamente hablando, *Argumentos sofísticos* de Aristóteles. De forma ambiciosa —anuncia el índice— se trabajarán, entre otros, los siguientes temas: ciencia, lógica y verdad; verdad y opinión; el debate con la filosofía presocrática; el contraste entre el político y el filósofo; el amor y el

conocimiento; las gradaciones del ser; el error en la definición del sofista; la teoría de las causas; el silogismo y el razonamiento deductivo (págs. 5-8). El método expositivo de Zuleta se sustenta, primero, en una introducción temática basada en ejemplos coloquiales, anotaciones históricas o referencias a otros filósofos que han escrito sobre el tema. Luego cita algún fragmento de la obra estudiada (generalmente tomado de la problemática traducción castellana de la obra de Platón hecha por Editorial Aguilar) y por último lo glosa con comentarios personales.



Pero desde el comienzo el lector advierte que el tropezón filológico ya no será un mero accidente, sino una constante caída. Zuleta advierte que la lógica nació en un momento de crisis de la sociedad griega (pág. 21) y que tanto Sócrates como Platón y Aristóteles quisieron revisarla a partir del presupuesto de una “desconfianza fundamental que obligaba a los griegos a preguntarse cómo estaban pensando” (pág. 22). Aunque no lo dice, Zuleta quiere demostrar que intuitivamente ha descubierto que los métodos de la lógica idealista, esto es, los propagados por las escuelas de los sofistas y los presocráticos, habían ganado demasiado terreno en la sociedad helénica, y Sócrates vendría a desterrarlos. La batalla tendría que darse, entonces, a partir de la revisión del concepto mismo de ciencia discutido en *El teeteto*, diálogo que según Zuleta sería “la primera teoría de la ciencia en Occidente” (pág. 29).

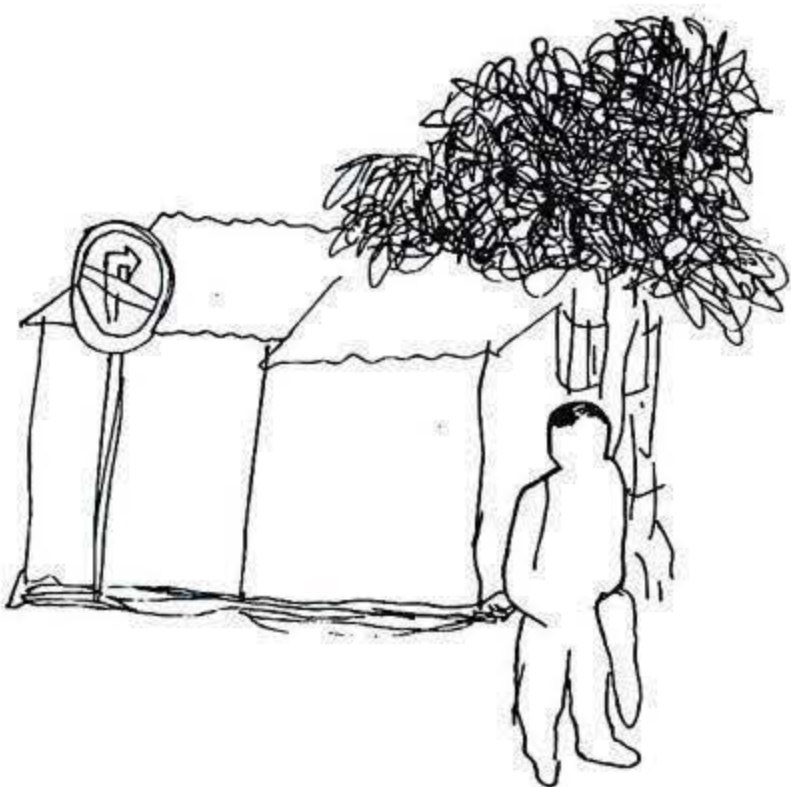
Sin embargo, cuando uno esperaría la discusión académica de un problema filosófico, de pronto Zuleta no con-

cluye nada y se desboca en opiniones sustentadas en sus múltiples saberes —psicoanálisis, estética, economía, historia, pedagogía y derecho— tratando de relacionar a la fuerza el tema con la “realidad práctica”. La exposición se desordena: glosa las ideas de ciencia que aparecen en *El teeteto*; asume la función de antropólogo aficionado y trae a colación el papel crítico que la ciencia cumple en la transición de las sociedades mágicas a las sociedades civilizadas; se hace preguntas sobre el avance industrial de Angloamérica en relación con el de Latinoamérica; recuerda que la educación es síntoma fundamental del progreso de una sociedad, y que por eso la nuestra es atrasada, pues no enseña a dudar; divaga sobre el hecho de que en nuestro medio estamos habituados a creer que lo sabido da poder cuando, al contrario, Platón recomendaba desaprender, pues nuestros “archivos están llenos y hay que comenzar a vaciarlos”; después anota que el conocimiento está íntimamente relacionado con el amor, y por eso de allí viene el nombre de mayéutica (“dar a luz”); recuerda que se le olvidó señalar algo sobre la educación y recalca que ella nos invita a memorizar y retransmitir, pero no a interpretar o a criticar y... termina el acápite (págs. 35-37).

Al llegar aquí, el lector está mareado de tanta idea vaga, tantas acotaciones azarosas, tanta opinión caprichosa, tanto desatino con el ánimo de asombrar paisanos. ¿Qué pensar entonces? ¿Qué quiso demostrar Zuleta? ¿Por qué se perdió? ¿Divaga o ha descubierto algo? ¿Cumplen sus intuiciones algún papel en el trabajo metódico habitual de la discusión filosófica? ¿Será que está utilizando el método leninista de la estructura y la superestructura, según el cual la filosofía refleja las condiciones materiales de una sociedad determinada? ¿Leyó mal, descubrió un sentido oculto del texto que no percibieron los oyentes de sus conferencias?

Las páginas siguientes del libro de Zuleta se leen como un carrusel loco. En ocasiones cita mal e inventa (su idea de que Husserl en *Crisis de la ciencia europea* [1935] politizó su trabajo filosófico debido a la persecución nazi), llega a conclusiones chocarreras (“La lógica es una pócima amarga”, pág. 31),

o dice babosadas como que Platón en *El Simposio* "reunió al máximo" sexo más conocimiento (pág. 162), cuando hubiera podido consultar —¡en castellano!— la clásica obra de Werner Jaeger *Paidea* (la traducción en 1942) y saber que ninguna lectura hermenéutica permite concluir semejante exabrupto. También anuncia con pomposos títulos temas que nunca desarrolla o lo hace de forma deficiente: De la ciencia a la política (pág. 91), La metafísica de Platón (pág. 193), El problema de la educación (pág. 242), y en otros casos, por evadir la bibliografía especializada, explica con tonos "meta-intelectuales" lo obvio, como cuando habla sobre la relación entre la filosofía y la política, pasando por alto el libro de Danilo Cruz Vélez, *El mito del rey filósofo* (1989), que estudia los casos de Platón, Marx y Heidegger, y que el editor-discípulo debió considerar al ordenar las conferencias del maestro.



Sólo es posible pensar en Estanislao Zuleta como un vulgarizador de contenidos en medio de un ambiente académico atrasado, burocratizado, notablemente simulador, que no ha alcanzado la "normalidad filosófica" (Francisco Romero). Es importante cuestionarse por qué la universidad politizada de los 60 y 70, y una parte de la elite intelectual de izquierda que después se rechazó durante los gobiernos de Betancur a Gaviria, ascendió a Zuleta al pináculo de superprofesor y docente oral sabio, según lo llama William Ospina (cf. *Un álgebra embrujada*, Editorial Norma, 1996, pág. 111). Se dirá que ese problema de la normalidad filosófica está en trance de supe-

rarse y se citarán los casos ejemplificantes de Cayetano Betancur, Rafael Carrillo, Rafael Gutiérrez Girardot, Danilo Cruz Vélez, Rubén Jaramillo, Carlos Másmela, por citar algunos. Pero no es cierto. Con profesores de filosofía a destajo, a cinco mil pesos-hora, no hay que esperar mucho. O tal vez sí: lacanismo-roldanismo, abellismo-empirismo, dexubirismo-leninismo, etc. Es decir, una universidad pública destruida en beneficio del fortalecimiento de la privada, incapaz de producir pensamiento, conceptos, según las reglas internacionales de trabajo en seminario, investigación, publicaciones, etc.

Es probable —como lo sugieren sus discípulos Fabio Giraldo, Jaime Galarza, Fabio Jurado, Jaime Mejía Duque, William Ospina y en los últimos tiempos María Mercedes Carranza, quien lo declaró "intelectual de verdad" (cf. *Semana*, núm. 745, agosto de 1996)— que a Estanislao Zuleta lo alimentaran altos ideales democráticos de divulgación del conocimiento —tal vez ello explique su voracidad autodidacta y el interés en abordar múltiples temas de la filosofía, la economía, la literatura, el derecho, etc., etc.—, pero estos ideales de ninguna manera justifican la acientífica manera de Zuleta de enfrentar el conocimiento, sus ínfulas de intelectual "renacentista", sus conclusiones cantinflescas, su método educativo recargado en intuiciones azarosas y el yoísmo petulante que le impidió conocer las obras filosóficas en su lengua original, discutir con la bibliografía primaria y secundaria especializada, y producir una obra —escrita, por favor— de algún valor posterior.

Un trabajo sobre la sociología de los intelectuales colombianos del siglo XX —que, por supuesto, debe incluir un capítulo sobre Zuleta— debería reparar, por decirlo orteguianamente, en la "circunstancia" que lo definió, en la influencia que tuvo en la formación de una generación universitaria de científicos sociales, abogados y literatos, en su vanidoso interés de pasar por alto la "normalidad filosófica" (Romero) y en la persistente —delirante, diría yo— prolongación de su imperio magisterial.

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO

Florescencia, cosecha, semillas y siembra

Las cuatro estaciones

Mitología y estructura social entre los u'wa
Ann Osborn

(traducción de Fabricio Cabrera Micolta)
Banco de la República, Museo del Oro,
Santafé de Bogotá, 1995, 269 págs., ilus.

El libro *Las cuatro estaciones* es el producto de una paciente investigación etnográfica iniciada en 1964 por la antropóloga inglesa Ann Osborn (1933-1988) en la comunidad u'wa, grupo indígena comúnmente conocido como los tunebos, perteneciente a la macrofamilia lingüística chibcha, que habitan las zonas aledañas a la Sierra Nevada del Cocuy, entre los 450 y los 2.000 m sobre el nivel del mar, en climas que van de húmedo tropical a subtropical lluvioso, en el departamento de Boyacá.



El trabajo comprende unos iniciales y ligeros contactos, en 1970-1971, de Osborn con uno de los seis clanes, el de los kaibakay, que conforman la estructura social de los u'wa, así como una vivencia mucho más profunda, entre 1971 y 1974, con el clan kubaruwa, que le permitió, tras un largo proceso de reflexión y análisis, comprender,